

ASALTO AL PARAISO
O «LOS PECES DORADOS EN LOS OJOS
DE CATALINA»

"Mi historia es un bien duradero,
no una composición premiada que
se oye y se olvida".

Tucídides

Rodrigo Quesada Monge

Solo para empezar

No está de más indicar que el presente ensayo no es ni con mucho un intento de crítica literaria. El autor no puede preciarse de disponer de los recursos profesionales para una tarea así pero, al menos como lector común y silvestre, interesado en los asuntos de la cultura de su país, aspira a realizar en este trabajo un intento de evaluación de una novela que sin temor a equivocarse -a pesar de lo que puedan pensar y sentir las cortesanas de la academia en Costa Rica- bien puede considerarse una de las novelas más bellas e inteligentes publicadas en los últimos veinte años.¹

Pero, ¿es que una novela con aspiraciones historiográficas puede ser al mismo tiempo bella e inteligente? Todo depende de su autor quien, en este caso, hizo un derroche de sabiduría y sensibilidad que nada tiene que envidiar a los despliegues hechos de los mismos recursos en otras partes del continente. Esta obra de Tatiana Lobo supo recoger con maestría tres aspectos centrales en la preparación de una novela histórica de la calidad clásica. Aspectos a los que nos referimos a continuación porque la señora Lobo nos ha dado la oportunidad para reflexionar sobre asuntos que no competen solamente a su novela, sino también a las prácticas culturales en un país como Costa Rica. Estaría de más sentarnos a realizar una lectura crítica de trabajos como al que aquí nos referimos, si la misma nos deja idénticos al momento anterior de entrar en contacto con una pieza artística de esta envergadura. Pues hay obras que llegan a la vida de uno y apenas la rozan. Pero hay otras que calan tan hondo que uno se ve impelido a decir algo con relación a ellas; ya que de lo contrario los demás corren el riesgo de seguir siendo lo que son en un país como Costa Rica: indiferentes, abúlicos y aperezados por una cultura ideológica que sólo promueve y fomenta los tesoros de este paraíso de la guasa. Otros incluso llegan al colmo de levantar el registro histórico, novelado también -nos referimos a la novela de Alberto Cañas-,² de ese paraíso precisamente, abrumados por la nostalgia de un pasado que no acaban de comprender cómo se les fue de las manos.

De tal manera que, si se trataba de escoger entre una novela cuyos personajes son de cartón (nos referimos otra vez a la novela de Alberto Cañas) -es difícilísimo verlos haciendo el amor-, en la que el tema histórico cumple un propósito meramente terapéutico; y otra (la de Tatiana Lobo) en la que la historia es sólo la excusa para una bellísima lectura de nuestro presente; nosotros creemos que la escogencia era obvia. Desgraciadamente los que conceden los premios nacionales en este país, a veces pareciera que tienen la lúcida visión de los murciélagos.

La historia sin virtudes

La novela de Tatiana Lobo (chilena de nacimiento y costarricense por adopción) nos ha enseñado muchas cosas sobre el quehacer del historiador en Costa Rica. Al momento

en que hace su aparición (1992), los costarricenses estábamos enfrascados en la fiesta obsesionante que el imperialismo nos montó en torno a la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Como en este país la sumisión al Imperio, con frecuencia nos impide percibir con precisión la ambigüedad intencional de algunas de sus invocaciones, nos sumamos a una celebración en la que el elemento histórico del asunto estuvo relegado a lamentarnos de un pasado cuya presencia en el presente era casi insolente y cruel. Pero esa aspiración maniática del costarricense por el consenso le impidió ver -como sucede casi siempre con temas y problemas que traten de cuestionar a la metrópoli imperialista-, que la fiesta en cuestión en nada le competía. Esto sin entrar a considerar esa espeluznante vocación que tiene el "tico" por las consignas de rebaño.

Con ese contexto, cuando Tatiana Lobo nos regaló su novela nos sorprendió la refrescante novedad de una voz que se atrevía a servirse de la historia para decirles a los costarricenses que se estaban quedando (que estaban degenerando en un pueblo) sin historia.

Costa Rica es hoy, para algunos historiadores, un país que ya no cuenta con héroes. Porque resulta que, el presente de esta nación ha tenido un efecto increíblemente corrosivo sobre su pasado. Al extremo que es excepcional en nuestros días encontrar a un joven estudiante de dieciocho años que sepa quiénes fueron Joaquín García Monge, Vicente Sáenz, Mario Sancho, Carlos Luis Fallas o Carmen Lyra. Menos aún se puede esperar que el pobre imberbe sepa quién fue Pablo Presbere.

Tatiana Lobo quiso rescatarnos al héroe indígena, quien a principios del siglo XVIII logró impedir que la conquista de Talamanca tuviera lugar y que se postergara por más de cien años. Pero aquí la figura de Presbere es sólo una excusa para reflexionar sobre esa Costa Rica de hoy, tan presentista y pagada de sí misma que incluso con total displicencia sólo acude a la historia para legitimar sus mitos y supersticiones ideológicas.

Es poco realmente, el peso que la sublevación que dirigió Presbere contra los españoles tiene en el tejido argumental de la novela que comentamos. La novelista pareciera haber querido llamarnos la atención sobre el hecho de que, el olvido de estos héroes es el olvido de las voces de un pasado que, por más que queramos lo contrario, sigue con

nosotros destilando una vitalidad asombrosa. No obstante aquí está precisamente el problema: se trata de una paradoja que los historiadores del presente y del mañana debemos resolver lo más pronto posible. Para un hombre tan presentista como el costarricense, ¿qué utilidad tiene el hacerle conocer su historia, el revelarle sus raíces, el llamarle la atención sobre su pasmoso descuido de sus héroes y hombres de mérito?

Esa tarea pareciera que la están asumiendo los novelistas. Ya que los historiadores hemos renunciado a las totalidades explicativas, desde el momento en que una "historiografía de la evasión" quiere hacernos creer que, como el costarricense de principios del siglo XIX consumía quesos holandeses y tomaba buen vino francés, las consonancias en los gustos dietéticos y las diversiones nos acercaban más a las grandes metrópolis imperialistas de ese siglo burgués por excelencia que fue el diecinueve. El historiador costarricense renunció a la teoría porque no tuvo el talento para lograr que esta le funcionara en la realidad. Es decir, como sus juegos teóricos no lograron transformar esa realidad (la del presente), se optó entonces por hacerle el registro histórico a la misma (solamente desde el pasado). Y un registro de tal naturaleza sólo es posible cuando he reconocido mi impotencia frente a los designios de una realidad que se niega a cambiar sin mi participación. De aquí entonces que haya surgido una historiografía de la cotidianidad del costarricense a la cual ya no le importa un bledo la constelación que hace posible el funcionamiento específico de esa cotidianidad. Totalidades como el imperialismo ya no existen para algunos historiadores costarricenses.

Pero dichosamente, novelistas como Tatiana Lobo nos hacen ver hoy que tales totalidades siguen vigentes y que tal vigencia no se reduce a la elección de moda que un determinado historiador haga de sus asuntos por investigar.

La escritora, con gran virtuosismo, no quiso hacer suyo aquel principio tan bien desarrollado por Vargas Llosa de que con la literatura se debe investigar para ganarse el derecho a mentir.³ Cinco años en archivos costarricenses dicen mucho de una novelista que sin proponérselo está indicando a nuestros historiadores, que la muerte de los universos explicativos en historia puede dejarnos a la larga sin proyecto social alguno. Sin éste entonces, operacionalmente, no habría diferencia entre un bibliotecario y un historiador.

El mito tiene su verdadero arraigo en la realidad. De ahí proviene su infalible potencia. Y cuando el escritor tiene el excepcional talento de rescatarnos el mito, pero no cualquier mito, sino aquel que es alternativo al que configura el grupo social dominante, la labor de creación va más allá de los simples parámetros que cualquier noción de estética nos recomiende seguir. Si la novela de Tatiana Lobo es de una extraordinaria belleza, ésta no radica en sus aspectos formales sino para nosotros los historiadores, debería residir en el llamado de atención respecto a que la historia cumple un propósito: el redescubrimiento de que un país como Costa Rica tiene en su haber un panteón de héroes y mitos que el costarricense contemporáneo no tiene ni la menor idea de su existencia. Pero hay algo más, no basta con la sola información de que tal panteón existe, es que los universos creados por estos hombres y dioses mitológicos todavía tienen voz en el presente y su llamado de ayer, por más sordos que nos hayamos vuelto, todavía nos impreca con la misma vitalidad del pasado.

Tatiana Lobo nos ha devuelto parte de ese panteón. Además, nos ha devuelto la idea de que el Paraíso -como pensaban los monjes benedictinos en el siglo XIV-, tiene que estar en algún lugar seguro; y ninguno lo es más que en el corazón de los hombres costarricenses de hoy. Entonces, ¿no es posible recuperar las totalidades perdidas como dirían algunos historiadores de nuestros días? Tatiana Lobo ha demostrado que sí lo es. Y lo ha hecho sin acudir al rescate de una cotidianidad ficticia, porque ahí están los hechos históricos para suplantar a las consignas ideológicas.

Nuestra novelista con corazón de historiador les está diciendo a los historiadores sin corazón, que la historia es el puente que nos facilita la comunicación con los hombres y mujeres del ayer. Y recuperar ese ayer es revivir la voz de esos hombres y mujeres que quieren decirle a los del presente que los sueños no han muerto. Por eso es que los ojos de Catalina, la Muda, son de una profundidad agobiante para el español Pedro de la Baranda, cuando en la novela éste jamás alcanza a descifrar una forma de mirar que le pertenecía al futuro, no a su presente.

Las angustias y sufrimientos de Pedro por adaptarse, por entender el enigma de la cultura indígena sigue tan vigente como entonces, porque hoy el costarricense sigue bregando para adaptarse y autoreconocerse en una cultura

que, por más que la defienda y predique en su favor, sigue tan llena de enigmas como los peces dorados que Pedro veía en los ojos de Catalina.

Las virtudes sin historia

Mientras algunos historiadores en Costa Rica, nos mantienen entretenidos contándonos la vida y milagros de los consumidores de heroína en el parque de La Merced a principios de la década de los treinta, sin hacer la más mínima referencia contextual a la crisis de esos años,⁴ una novelista nos deja abierto el camino para no renunciar a las grandes posibilidades de los universos explicativos. O cuando vienen y nos dicen que estamos leyendo mal nuestra historia al interpretar los años cuarenta de este siglo desde el análisis clasista; y nos proponen la brillantísima solución de que la coyuntura crítica de esos años fue producto de que los hombres no pudieron ponerse de acuerdo sobre la forma de retener el poder, la misma novelista nos hace morisquetas sobre la falta de imaginación que hemos demostrado los historiadores costarricenses sobre ciertos asuntos de nuestra propia historia.⁵ Todavía más, con una casi bárbara ignorancia, esos mismos historiadores extranjeros vienen a decirnos que Joaquín García Monge era un pensador de fuertes inclinaciones racistas.⁶ Y en Costa Rica, nadie objeta este tipo de aseveraciones porque tienen la bendición incuestionable de haber sido emitidas por intelectuales extranjeros. Uno se pregunta a veces dónde quedó la decencia académica de algunos costarricenses quienes, por el hecho de que se les mencione en un pie de página, dejan pasar, con una indiferencia tenebrosa, ese tipo de interpretaciones de nuestra historia, las cuales despiden un tufo insoportable al más rancio funcionalismo anterior a la guerra de Viet-Nam. Entre tanto, nuestra novelista, con un poco más de vergüenza, nos devuelve algo que pareciera ser para algunos motivo de incomodidad académica: las verdaderas dimensiones de un universo existencial en el que los hombres y mujeres son de carne y hueso, no los raros especímenes de una "arqueología social" que por snob algunos llaman historia y nosotros simplemente oportunismo.

Porque ahora resulta que los universos teóricos ya no tienen nada que darnos. El historiador costarricense ha renunciado a ellos para zambullirse en una práctica historiográfica

en la que el rescate de la cotidianidad pareciera estar basada en el detalle intrascendente; que se vuelve tal, cuando no se articula a los sueños y aspiraciones posibles de los hombres y mujeres que generan ese tipo de acontecimientos. De esta forma, muchas de las historias que nos cuentan los historiadores bien podrían haber sucedido en cualquier otro lugar del planeta, o bien podrían haber sido material narrativo para cualquier escritor de mediana calidad. Curiosamente, Tatiana Lobo con su novela logró reconstruir esos universos existenciales a partir de una sumatoria de acontecimientos que no se vuelven banales en sí mismos porque están majestuosamente entretejidos con los sueños, dudas, esperanzas y frustraciones de la sociedad costarricense, que describe como novelista y siente como latinoamericana.

Al sentir la historia y al no hacer simple "arqueología social", Tatiana Lobo nos devolvió incluso el lenguaje de los hombres y mujeres de la época. En este caso además, el lenguaje mismo se torna un vehículo efficacísimo para describir situaciones, sentimientos y realidades que no le sobran ni le faltan a esa tarea primordial que la novelista se ha propuesto: la recuperación del universo existencial de una época en la que los hombres y mujeres de Costa Rica ya sentían y esperaban como los de hoy.

Pero para lograr esto es requisito fundamental no haber perdido la capacidad de soñar. El microcosmos histórico que Tatiana Lobo nos pinta es verosímil porque sus personajes registraron su propia historia. La plasticidad de los mismos va más allá del mecanismo fortuito de ponerlos a hablar. Se mueven elásticamente y el color de su piel es casi tangible. Uno sueña con Pedro en la posibilidad de que algún día será posible develar los enigmas que se encuentran en los ojos de Catalina. Que son los enigmas de los hombres y mujeres de la Costa Rica de hoy.

Una vez, un apreciado colega historiador me recomendaba que no me acomplejara frente a la literatura.⁷ Hoy creo que su noble recomendación se evaporó frente a los hechos que mi lectura de la realidad ha puesto en evidencia. Como estoy acostumbrado a tratar con hombres y mujeres de carne y hueso -no con entelequias-, cuando leí la novela de Tatiana Lobo no me enamoré de su propuesta paradigmática sobre la literatura -la cual también comparto-, sino del aprovechamiento tan brillante que la escritora logró de unos personajes que muchos costarricenses de hoy creían sepultados en los

arcanos del tiempo. Y eso fue posible porque la novelista escribió historia con mucha pasión; una pasión que nos falta a muchos historiadores, tan preocupados por el preciosismo de nuestras técnicas de exposición de los hechos.

Ignoro por qué algunos historiadores insisten en hacerme creer que la historia está reñida con la poesía. Tatiana Lobo me ha dado la razón: la historia no es un enjambre bullicioso de hechos inconexos, sino la forma más efectiva que tienen las sociedades humanas de registrar sus enormes potencialidades para la poesía. ¿Quién puede dudar del contenido poético con que nuestra escritora describe el proceso de adaptación de Pedro de la Baranda al medio ambiente, hostil y despiadado, del Nuevo Mundo? Cuando leí *Lope de Aguirre* de Otero Silva, creí llegado el momento para decirme a mí mismo que la novela histórica en América Latina ya lo había dado todo. Pero que agradable es decepcionarse de esta manera. Con *Asalto al Paraíso*, Tatiana Lobo logró que todavía valga la pena sentirse orgulloso de apreciar a Diego Rivera y de leer a Elena Poniatowska.

Si el sofisticado tratamiento del Edipo occidental que se encuentra en *Tinísima*⁸ no hubiera tenido resonancias americanas, los historiadores (algunos al menos) nos hubiéramos visto obligados a contentarnos con los retazos de poesía con que algunos novelistas todavía nos obsequian. Pero felizmente, el americanismo de alcurnia con que Tatiana Lobo nos ha sorprendido bien puedo tomarlo yo como una simple llamada de atención o, por otra parte -más sistemática y productiva tal vez-, como una forma de revisar la evidencia de que, no es privativo de los novelistas la creación y descripción de microcosmos existenciales con claros perfiles históricos.

Asalto al paraíso es una novela histórica de altos vuelos americanistas. Su evolucionado sentido de lo que es americano en el tronco de lo occidental (parafraseando a Martí), debe movernos a los historiadores a reflexionar más profundamente sobre nuestras virtudes como creadores de academia. Después de esta novela ya no es posible seguir sobajando nuestra propia autocomplacencia. Nuestras virtudes ya no estarán huérfanas de su dimensión histórica, porque es labor del historiador descubrir lo que está detrás de esas virtudes y no limitarse a ratificarlas como tales. Más aún en un país como Costa Rica, el cual ha llegado a creerse que no tiene grandes pecados.

Para concluir

Debo decir que la novela de Tatiana Lobo ha sido un verdadero asalto al Paraíso de la "historiografía de la evasión". Si Costa Rica es un país que quiere creerse a sí mismo que no ha tenido grandes pecados; como revoluciones, dictaduras, analfabetismo masivo, desnutrición endémica, políticos corruptos y académicos que les hacen el juego, con la lectura de *Asalto al paraíso* es el momento para empezar a darse cuenta que hace siglos en el ombligo de la Vía Láctea (léase Costa Rica), también hubo héroes y hombres limpios que trataron de abrir el espacio para que se pudiera respirar un aire no contaminado por el tufillo de la autocomplacencia.

Los verdaderos héroes de esta novela, no son (para nosotros) ni Pablo Presbere, ni Pedro de la Baranda ni Catalina. En realidad lo son todos los hombres y mujeres que ellos ejemplifican con sus acciones. Por eso es que hoy, uno los vuelve a ver con nostalgia. Esa nostalgia crítica con que Tatiana Lobo construyó su novela. Como hemos renunciado a las promesas del Paraíso, finalmente alguien lo tomó por asalto. Porque es "historiografía de la evasión" aquella que me habla de las prostitutas, de los criminales, del "lumpen", como fenómenos en sí mismos. Esta práctica fenoménica en que ha caído la historiografía nacional, es una vía para escamotear las responsabilidades que las totalidades explicativas (los universos teóricos) me imponen. Esta historiografía fenoménica renunció a plantearse algún proyecto social y por eso terminó escribiéndole la historia a los que, alguna vez con efectiva lucidez, llamó la clase dominante. Hoy ésta no existe, sólo existe el enjambre de fenómenos que condujeron a la formación de la "civilización costarricense". Los viejos materialistas son hoy obedientes idealistas. Ya no hay nada que cambiar; todo está por legitimar. Ahora se trata de que los ideales del mañana, son los ideales que esa misma clase dominante quiere encontrar en el ayer. Y en esa tarea el historiador está corriendo el riesgo de degenerar en un simple corifeo de un proyecto social que ayer no era suyo, pero que hoy algunos defienden todavía mejor que los mismos ideólogos de la clase dominante.

Al hablársenos en el presente de "nuevo movimiento teórico" se nos quiere vender una mercancía rancia y obsoleta. Nosotros, tan sumisos a la adquisición acrítica de las mismas, no nos percatamos de que nuestras prácticas de

"arqueología social" indefectiblemente nos han conducido a la asepsia política y a la indigencia onírica. Cosa que ahora combaten los novelistas. ¡Es que la historia es un asunto diferente a la literatura! Pues con una respuesta así nadie me va a negar el derecho a tener alucinaciones como poeta y a describir como historiador, un asunto que debe ser resuelto con la mayor urgencia: ¿Qué se hizo la totalidad en historia? ¿Adónde se fueron los universos explicativos del acontecer social? ¿Dónde se quedó el espíritu crítico que el historiador debe tener sobre la sociedad en la que le ha tocado vivir y pensar? ¿Son estas las preguntas de un alucinado?

No lo son porque, Tatiana Lobo y su *Asalto al paraíso* me han hecho ver que todavía es permitido tener alucinaciones. Aquellas que aún hoy -en un momento en el cual todo el mundo se vuelve a ver con los ojos de la lechuza (llenos de preguntas sin respuestas)-, es factible tener cuando alguien le susurra a uno al oído la venta de la conciencia.

Yo le agradezco a Tatiana Lobo el que me haya hecho darme cuenta de que los peces dorados en los ojos de Catalina no son el complejo enigma que algunos renunciaron a resolver. Particularmente los historiadores. Y como yo trato de ser uno de ellos, no quisiera que mi porción de peces dorados me fuera arrebatada por aquellos otros que ya los regalaron, los vendieron o se deshicieron de ellos sin el más mínimo malestar de conciencia.

Notas

1. *Asalto al paraíso* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica. 1992) 324 páginas.
2. *Los molinos de Dios* (San José: Editorial Iberoamericana. 1992) 450 páginas.
3. Seti, Ricardo. *Diálogo con Vargas Llosa*. (San José: Kosmos editorial. 1987) Pp. 225-235.
4. Palmer, Steven. "El consumo de heroína entre los artesanos de San José y el pánico moral de 1929". *Revista de Historia* (San José: Enero-Junio de 1992) Pp. 29-64.
5. Lehoucq, Fabrice. "Conflicto de clases, crisis política y destrucción de las prácticas democráticas en Costa Rica. Reevaluando los orígenes de la Guerra Civil de 1948". IDEM. Pp. 65-96.

6. Pakkasvirta, Jussi. "Una revista continentalista en un país nacionalista: Costa Rica y el *Repertorio Americano*. 1919-1930". Mimeografiado. p. 21.
7. Me estoy refiriendo al Dr. Víctor Hugo Acuña Ortega.
8. Elena Poniatowska. (México: Era. 1992) 664 páginas.